

ha venido á suceder que, en medio de los cuidados, punto menos que innumerables, de Nuestro Apostólico ministerio, cuando llenan de angustia Nuestra alma las abundantes y graves obligaciones que Nos impone el gobierno de la Iglesia universal, entre los desvelos que Nos produce el deseo de satisfacer, lo mejor que podamos, á cuanto debemos á vosotros, Venerables Hermanos, partícipes de Nuestro Apostolado, y á todos los fieles confiados á Nuestra vigilancia, Nuestra mirada, al principio de Nuestro sumo Pontificado, se vuelva á este ilustre y santísimo Predecesor Nuestro, honra y decoro de la Iglesia. Su valiosísima intercesión con Dios infunde gran confianza en el ánimo, que recibe mucho consuelo con la memoria, así de las máximas sublimes que inculcó durante su augusto magisterio, como de las virtudes que practicó santamente. Y si por la fuerza de las unas y la fecundidad de las otras dejó impresa en la Iglesia de Dios huella tan amplia, tan profunda, tan duradera, que sus contemporáneos y la posteridad le han dado el nombre de Magno, y hoy al cabo de tantos siglos, se verifica todavía el elogio que se escribió en su epitafio: «Vive siempre y en todas partes por sus innumerables buenas obras» (1), no puede por menos de suceder que á todos los seguidores de sus admirables ejemplos, juntamente con el consuelo de la divina gracia, sea dado cumplir las obligaciones de su oficio cuanto consiente la flaqueza humana.

Apenas hay necesidad de recordar lo que consta por públicos documentos y es de todos sabido Gravísimas eran las turbulencias en los dias en que San Gregorio fué elevado al Pontificado supremo: la antigua civilización se había casi extinguido, y la barbarie invadía todos los territorios del decadente imperio romano: Italia, abandonada por los emperadores de Bizancio, estaba casi enteramente en poder de los lombardos, que aun hacían vida de nómadas y á todas partes corrían, devastándolo todo con el fuego y con el hierro y dejando por doquier muerte y desolación. Esta misma ciudad, amenazada por los enemigos exteriores y probada interiormente con el azote de la peste, la inundación y el hambre, se vió reducida á tan mísero estado,

(1) Juan Diácono, *Vita Greg.*, IV. 68.

que no se sabía cómo proveer al sustento, no solo de sus vecinos, sino, además, de las densas multitudes que allí acudían á refugiarse. Veíanse hombres y mujeres de toda condición, Obispos y sacerdotes que llevaban los vasos sagrados salvados de la rapiña, monjes é inocentes esposas de Cristo que con la fuga trataban de libertarse del acero enemigo ó de los brutales insultos de gente perdida. El mismo San Gregorio llamaba á la Iglesia de Roma: «Nave vieja, gravemente combatida, donde las olas penetran por todas partes, y cuyas tablas, batidas diariamente por violenta tempestad, se pudren y anuncian el naufragio» (1). Mas el piloto que había suscitado Dios tenía la mano vigorosa y puesto en el timón, no solo acertó, á pesar de la tormenta, á conducir la nave al puerto, sino que supo asegurarla contra las tempestades del porvenir.

Y verdaderamente, es admirable lo que consiguió en poco más de trece años que duró su gobierno. Restauró toda la vida cristiana, fomentando la piedad en los fieles, la observancia en los monjes, la disciplina en el clero y el celo pastoral en los Obispos. Este «prudentísimo padre de la familia de Cristo» (2) conservó y aumentó el patrimonio de la Iglesia, y socorrió, según su necesidad, al pueblo empobrecido, á la sociedad cristiana y á las iglesias particulares. Hecho verdaderamente «cónsul de Dios» (3) extendió su acción fuera de Roma, acción fecunda, del todo provechosa á la sociedad civil. Se opuso enérgicamente á las injustas pretensiones de los emperadores bizantinos, refrenó los atrevimientos y reprimió la vergonzosa codicia de los exarcas y oficiales del imperio, y se constituyó público defensor de la justicia social. Domó la ferocidad de los lombardos, no vacilando en salir personalmente al encuentro de Aguilulfo en las puertas de Roma para apartarle de poner cerco á la ciudad, como antes lo había conseguido de Atila el Pontífice San León Magno; ni cesó un punto en los ruegos, en la suave persuasión ni en los hábiles tratos, hasta que no vió aquietado á aquel temido pueblo y sometido á un régimen normal, ganándolo para la fe católica,

(1) *Registrum* 1, 4, ad Ioann. episc. Constantinop.

(2) Juan Diac. *Vita Greg.*, II, 61.

(3) Inscripción sepulcral.

por obra, especialmente, de la piadosa reina Teodolinda, su hija en Cristo. Por lo cual justamente pudo San Gregorio ser llamado salvador y libertador de Italia, de «su tierra» (1) como el Santo decía de ella amorosamente.

Merced á sus continuos trabajos pastorales, extinguiéronse en Italia y en Africa los restos de la herejía; los asuntos eclesiásticos de las Galias entraron en orden; los visigodos de España se afirman en su conversión, que ya había comenzado; y la ilustre nación inglesa, que, «puesta en un ángulo del mundo, había permanecido hasta entonces aferrada al culto de leños y piedras» (2), recibió también la fé de Cristo. La noticia de tan preciosa conquista colmó de júbilo el corazón de San Gregorio, cual de padre que estrecha entre sus brazos á un hijo amadísimo y atribuye todo el mérito á Jesucristo Redentor, «por cuyo amor—escribió el mismo Pontífice—buscamos en Bretaña hermanos que no conocíamos, y por cuya gracia hallamos á los que buscábamos sin conocerlos» (3). Y la nación inglesa quedó tan reconocida al Santo Pontífice, que siempre le llamó luego «nuestro Maestro», «nuestro Doctor», «nuestro Apóstol», «nuestro Papa», «nuestro Gregorio», y así mismo se tuvo como sello de su apostolado. En suma, su acción favorable fué tan eficaz, que la memoria de las cosas que llevó á cabo se grabó profundamente en la posteridad, principalmente en la Edad Media, que, por decirlo así, respiraba su mismo ambiente, se nutría de su palabra, veía en sus ejemplos el modelo de la vida y las costumbres; y así se introdujo dichosamente en el mundo la civilización social cristiana, opuesta á la de los siglos anteriores, ya para siempre desaparecida.

De la diestra del Altísimo viene esta mudanza! (4). Bien puede decirse que San Gregorio entendía que únicamente la diestra del Altísimo había consumado tan grandes empresas. En efecto, esto escribía el santo Monje Agustín acerca de la mencionada conversión de los ingleses, y esto puede aplicarse á

(1) *Registrum*, v, 36 (40), ad Mauricium Aug.

(2) *Ibid.*, VIII, 29 (30), ad Eulog. pisc. Alexandr.

(3) *Registr.*, XI, (28), ad Augustin. Anglorum episcopum.

(4) Salmo LXXVI, 11.

todo lo demás de sus trabajos apostólicos: «¿Cuya fué en todo momento esta obra, sino de Aquel que dijo: *Pater meus usque modo operatur, et ego operor?* (Joan, v, 17) Para mostrar al mundo que quería convertirle, no mediante la sabiduría de los hombres, sino mediante su propia virtud, eligió para que predicasen al mundo hombres que carecían de letras; y esto mismo repite ahora, habiéndose dignado consumir obras grandes en el pueblo inglés por medio de hombres débiles» (1).

Bien descubrimos, ciertamente, cuanto la profunda humildad del Santo Pontífice ocultaba á sus propias miradas, ya la habilidad en los negocios, ya la ingeniosa destreza con que los llevaba á término, ya su admirable prudencia en toda suerte de disposiciones, ya su continua vigilancia, y su perseverante solitud. Mas á la par es certísimo que se abstuvo de hacer ostentación del poder y la fuerza de los poderosos de la tierra; antes bien, hallándose investido de la suprema dignidad de Pontífice, fué el primero que se llamó á sí propio «siervo de los siervos de Dios.» Ni fué venciendo obstáculos tan solo mediante la ciencia profana, ni *con palabras persuasivas de humano saber* (2), ni solo con las sutilezas de la política civil, ni tampoco con sistemas de renovación social, hábilmente estudiados, preparados y hasta puestos en práctica; ni siquiera, finalmente—y esto es digno de admiración,—trazándose algún extenso plan de acción apostólica que se hubiera de realizar sucesivamente; sino que, al contrario, pensaba, como es bien sabido, que faltaba algo para el fin del mundo y que apenas quedaba ya tiempo para consumir ningún hecho notable. Debilísimo de cuerpo, lleno de achaques que muchas veces pusieron su vida en peligro, tenía una increíble fuerza de ánimo, que de la fé viva y de la infalible palabra de Cristo y de sus divinas promesas recibía nuevo alimento. Demás de esto, ponía ilimitada confianza en la fuerza sobrenatural que Dios ha dado á la Iglesia para el cumplimiento de su divina misión en la tierra; por lo cual, el constante propósito de su vida, propósito manifiesto en todas sus palabras y todas sus obras, fué mantener en sí propio y suscitar en los

(1) *Registr.*, XI, 36 (28).

(2) I Corintios, II, 4.

demás la misma viva fe y confianza que sostenía en su corazón, haciendo cuanto bien permitiesen las circunstancias, en espera del juicio divino.

De ahí procedía su firme voluntad de procurar la salvación de las gentes valiéndose del exuberante tesoro de medios sobrenaturales dados por Dios á su Iglesia, tal como la doctrina infalible de las verdades reveladas, la eficaz predicación de la doctrina en el universo mundo, los sacramentos que tienen virtud de infundir y aumentar la vida del alma, la gracia de la oración hecha en nombre de Cristo, que asegura la protección divina.

La memoria de todo esto, Venerables Hermanos, nos conforta maravillosamente. Si miramos en rededor Nuestro desde lo alto de estos muros del Vaticano, no podemos menos de sentir el temor que experimentaba San Gregorio, y quizás mayor todavía que el suyo; tantas son las tempestades que en todas partes se forman y vienen á descargar sobre Nos; tantos son los ejércitos enemigos que nos atacan, formados en batalla, y tan en absoluto carecemos de todo medio humano de defensa, que nos parece imposible disipar las tormentas y resistir á los asaltos. Mas considerando el suelo que huellan Nuestros pies y el lugar en que se levanta esta Cátedra pontificia, Nos sentimos seguro en esta ciudadela de la Santa Iglesia. «¿Quién podrá ignorar—el mismo San Gregorio lo dice á Eulogio, Patriarca de Alejandría—que la Santa Iglesia está fundada en la robustez del Príncipe de los Apóstoles, el cual la traía de su nombre, pues de la piedra fué llamado con el de Pedro?» (1) El curso del tiempo no ha debilitado jamás la fuerza divina de la Iglesia, ni jamás se vió defraudada su confianza en las promesas de Cristo, promesas que subsisten hoy como cuando consolaban el corazón de San Gregorio, y para Nos con el aumento de fuerza que han adquirido en el transcurso de los siglos y las vicisitudes de los tiempos.

Pasaron reinos é imperios, se extinguieron pueblos florecientes por su fama y civilización, muchas veces se han deshecho las naciones como por el peso de su misma ancianidad, mientras la Iglesia, indefectible en su esencia, unida con vínculo indis-

(1) *Regist.*, VII, 37 (40.)

luble á su celestial Esposo, se conserva en el mundo, fulgente, con eterna juventud, fuerte con su misma robustez primitiva, tal como salió del Corazón de Cristo, muerto en la Cruz. Levantáronse contra ella los poderosos de la tierra; mas desaparecieron, y la Iglesia permanece en pié. Se idearon innumerables sistemas filosóficos, de diversas formas, y sus maestros alardearon soberbiamente, como si por fin hubieran vencido á la doctrina de la iglesia, retado los dogmas de la fé y demostrado que sus enseñanzas eran absurdas; pero todos esos sistemas están olvidados y destruidos por completo; mientras en la roca de Pedro resplandece la luz de la verdad, tan brillante como cuando Cristo la encendió al presentarse al mundo dejándole por alimento su divina palabra: *Pasarán al cielo y la tierra; pero mis palabras no fallarán* (1).

Alimentado con esta fé, firme sobre esta piedra, con pleno conocimiento de los gravísimos deberes que el Primado nos impone, pero también de toda la fuerza que por voluntad divina nos comunica, esperamos tranquilos que se disipen en el aire las voces con que nos atruenan los oídos anunciando que la Iglesia católica ha llegado á su término, que sus doctrinas han pasado para siempre, que pronto se verá obligada á contar con el beneplácito de la ciencia y la civilización sin Dios, ó á desaparecer de entre los hombres; á pesar de lo cual no podemos dejar de traer á la memoria de todos, grandes y pequeños, como ya lo recordó en su tiempo el Papa San Gregorio, la necesidad absoluta de acudir á esta Iglesia para hallar la eterna salud, para alimentarse con la verdad, para andar por el camino de la razón y para conseguir la paz y la ventura, aun en esta vida terrenal.

Así pues, diremos, valiéndonos de palabras del Santo Pontífice: «Volved vuestros pasos á esta firme roca, sobre la cual quiso nuestro Redentor fundar la universal Iglesia, para que los sinceros de corazón no hallen en su camino obstáculos que los estravíe.» (2) Solo la caridad de la Iglesia y la unión con ella «unen lo divino, ordenan lo desordenado, templan lo desigual y acaban lo imperfecto». (3) Con empeño ha de tenerse

(1) San Mateo, XXIV. 35.

(2) *Registr.*, VII, ad Sabín. episcop.

(3) *Ibid.*, V; 58 (53), ad Virgil. episcop.

demás la misma viva fe y confianza que sostenía en su corazón, haciendo cuanto bien permitiesen las circunstancias, en espera del juicio divino.

De ahí procedía su firme voluntad de procurar la salvación de las gentes valiéndose del exuberante tesoro de medios sobrenaturales dados por Dios á su Iglesia, tal como la doctrina infalible de las verdades reveladas, la eficaz predicación de la doctrina en el universo mundo, los sacramentos que tienen virtud de infundir y aumentar la vida del alma, la gracia de la oración hecha en nombre de Cristo, que asegura la protección divina.

La memoria de todo esto, Venerables Hermanos, nos conforta maravillosamente. Si miramos en rededor Nuestro desde lo alto de estos muros del Vaticano, no podemos menos de sentir el temor que experimentaba San Gregorio, y quizás mayor todavía que el suyo; tantas son las tempestades que en todas partes se forman y vienen á descargar sobre Nos; tantos son los ejércitos enemigos que nos atacan, formados en batalla, y tan en absoluto carecemos de todo medio humano de defensa, que nos parece imposible disipar las tormentas y resistir á los asaltos. Mas considerando el suelo que huellan Nuestros pies y el lugar en que se levanta esta Cátedra pontificia, Nos sentimos seguro en esta ciudadela de la Santa Iglesia. «¿Quién podrá ignorar—el mismo San Gregorio lo dice á Eulogio, Patriarca de Alejandría—que la Santa Iglesia está fundada en la robustez del Príncipe de los Apóstoles, el cual la traía de su nombre, pues de la piedra fué llamado con el de Pedro?» (1) El curso del tiempo no ha debilitado jamás la fuerza divina de la Iglesia, ni jamás se vió defraudada su confianza en las promesas de Cristo, promesas que subsisten hoy como cuando consolaban el corazón de San Gregorio, y para Nos con el aumento de fuerza que han adquirido en el transcurso de los siglos y las vicisitudes de los tiempos.

Pasaron reinos é imperios, se extinguieron pueblos florecientes por su fama y civilización, muchas veces se han deshecho las naciones como por el peso de su misma ancianidad, mientras la Iglesia, indefectible en su esencia, unida con vínculo indis-

(1) *Regist.*, VII, 37 (40.)

luble á su celestial Esposo, se conserva en el mundo, fulgente, con eterna juventud, fuerte con su misma robustez primitiva, tal como salió del Corazón de Cristo, muerto en la Cruz. Levantáronse contra ella los poderosos de la tierra; mas desaparecieron, y la Iglesia permanece en pié. Se idearon innumerables sistemas filosóficos, de diversas formas, y sus maestros alardearon soberbiamente, como si por fin hubieran vencido á la doctrina de la iglesia, retado los dogmas de la fé y demostrado que sus enseñanzas eran absurdas; pero todos esos sistemas están olvidados y destruidos por completo; mientras en la roca de Pedro resplandece la luz de la verdad, tan brillante como cuando Cristo la encendió al presentarse al mundo dejándole por alimento su divina palabra: *Pasarán al cielo y la tierra; pero mis palabras no fallarán* (1).

Alimentado con esta fé, firme sobre esta piedra, con pleno conocimiento de los gravísimos deberes que el Primado nos impone, pero también de toda la fuerza que por voluntad divina nos comunica, esperamos tranquilos que se disipen en el aire las voces con que nos atruenan los oídos anunciando que la Iglesia católica ha llegado á su término, que sus doctrinas han pasado para siempre, que pronto se verá obligada á contar con el beneplácito de la ciencia y la civilización sin Dios, ó á desaparecer de entre los hombres; á pesar de lo cual no podemos dejar de traer á la memoria de todos, grandes y pequeños, como ya lo recordó en su tiempo el Papa San Gregorio, la necesidad absoluta de acudir á esta Iglesia para hallar la eterna salud, para alimentarse con la verdad, para andar por el camino de la razón y para conseguir la paz y la ventura, aun en esta vida terrenal.

Así pues, diremos, valiéndonos de palabras del Santo Pontífice: «Volved vuestros pasos á esta firme roca, sobre la cual quiso nuestro Redentor fundar la universal Iglesia, para que los sinceros de corazón no hallen en su camino obstáculos que los estravíe.» (2) Solo la caridad de la Iglesia y la unión con ella «unen lo divino, ordenan lo desordenado, templan lo desigual y acaban lo imperfecto». (3) Con empeño ha de tenerse

(1) San Mateo, XXIV. 35.

(2) *Registr.*, VII, ad Sabin. episcop.

(3) *Ibid.*, V; 58 (53), ad Virgil. episcop.

presente que «nadie puede gobernar con rectitud las cosas terrenas, si no sabe tratar las celestiales, y que la paz de los Estados depende de la universal de la Iglesia» (1). De donde proviene la absoluta necesidad de que haya perfecta armonía entre las potestades, eclesiástica y civil, estando llamadas ambas, por la voluntad de Dios, á sostenerse mutuamente. Y desde luego «la potestad de todos los hombres fué dada por el Cielo para auxilio de los que aspiran á bien, para que se ensanche el camino que conduce al Cielo, para que el reino terrenal sirva al celestial» (2).

De estos principios provenía la invicta firmeza de ánimo de San Gregorio, que Nos, mediante el favor divino trataremos de imitar, proponiéndonos á toda costa la defensa de los derechos y prerrogativas, cuya guarda y vindicación pertenecen al Pontificado romano ante Dios y los hombres. Por lo cual, el mismo San Gregorio escribió á los Patriarcas de Alejandría y Antioquía: «Cuando se trate de los derechos de la Iglesia universal, debemos mostrar, aunque sea con la muerte, que el amor á nuestro particular interés no nos mueve á querer nada que redunde en perjuicio del bien común» (3). Y decía al emperador Mauricio: «Quien por ostentación de vanagloria levanta su cerviz contra Dios omnipotente y contra lo establecido por los Padres, no conseguirá, como confío en el mismo omnipotente Dios, que doble ante él mi cerviz, ni aun valiéndose del filo de la espada» (4). Y al diácono Sabiniano: «Estoy dispuesto á morir antes que consentir que en mis días la Iglesia degenerare. Y tu bien sabes que acostumbro á soportar por largo tiempo, pero que si luego me decido á no soportar más, afronto el peligro con ánimo alegre.» (5).

Estas máximas fundamentales proponía el Papa San Gregorio y era atendido. Así fué que por la docilidad de los príncipes y los pueblos á su palabra el mundo recobraba la verdadera salud y se restituía á la senda de la civilización, tanto

(1) Ibid., V, 37 (20), ad Mauric. Aug.

(2) Ibid., III, 61 (65), ad Mauric. Aug.

(3) Ibid., V, 41 (43).

(4) Ibid., V, 37 (20).

(5) *Registr.*, V, (IV, 47).

más noble y fecunda en bienes cuanto mejor se fundaba en los dictámenes inconcusos de la razón y la moral disciplinada, y sacaba toda la fuerza de la verdad divinamente revelada y de las sentencias del Evangelio.

Mas entonces, aunque rudos ignorantes y faltos aun de toda cultura, los pueblos tenían ansia de vida, y nadie podía dársela sino Cristo Jesús por medio de la Iglesia: *Yo he venido para que tengan vida y la tengan con más abundancia* (1). Y verdaderamente la tuvieron en abundancia, porque no pudiendo venir de la Iglesia otra vida sinó la sobrenatural de las almas, todas las otras fuerzas de la vida, aun las que meramente pertenecen al orden natural, se resumen y aumentan en aquella. *Si es santa la raiz, también las ramas son santas*, decía San Pablo al pueblo gentíl; *y tú, que no eres más que un acebuche, has sido ingrato en lugar de ellas y hecho participante de la savia que sube de la raiz del olivo* (2).

Mas aunque el mundo goza tan abundantemente de las luces de la civilización cristiana, que de ningún modo puede compararse su estado actual con el que tenía en tiempo de San Gregorio, parece que le enoja en nuestra época la vida que es fuente principal, y á veces única, de copiosos bienes, no solo en los antiguos, sinó en nuestros mismos días. Ni solamente al brotar las heregías ó el cisma, como pasaba en otras edades, se desgaja el mundo del tronco, cual rama inútil, sino que pone la segur en la primera raiz del árbol, que es la Iglesia, y se esfuerza por secar la savia vital, para que su ruina sea más cierta y no vuelva á germinar nunca.

En este, que es el máximo error de nuestro tiempo, y del cual dimanen todos los demás, esta la causa de que tantos hombres pierdan la eterna salvación y de que, en materia de religión, sobrevengan tantas ruinas como lamentamos y aun otras muchas que deben temerse, como no se ponga remedio. Se niega todo orden sobrenatural, se niega la intervención divina en el orden de la creación y en el gobierno del mundo, y se niega la posibilidad del milagro, quitado lo cual, es necesario destruir los

(1) San Juan, X, V. 10.

(2) Romanos, XI, 16 y 17.

fundamentos de la religión cristiana. Se impugnan hasta los argumentos que demuestran la existencia de Dios, negando, con inaudita temeridad y ofensiva de los primeros principios de la razón, la fuerza incontrastable de la prueba que de los efectos sube á la causa, que es Dios, y á la noción de sus atributos infinitos. *Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas* (1). Así se da entrada á otros errores gravísimos, tan opuestos á la recta razón como perniciosos para las buenas costumbres.

En efecto, la gratuita negación del principio sobrenatural, propia de la *ciencia que falsamente se llama ciencia* (2), se convierte en postulado de cierta crítica histórica, igualmente falsa. Todo cuanto se refiere de algún modo al orden sobrenatural, ó porque pertenece á ese orden, ó porque lo constituye, ó porque lo presupone, ó porque solo en él halla explicación, se arranca sin más examen de las páginas de la Historia. Así se hace con la divinidad de Jesucristo, su encarnación por obra del Espíritu Santo, resurrección por su propia virtud, y, en general, con todos los dogmas de nuestra fe. Tomando la ciencia por tan extraviado camino, no hay ya principio de crítica que la contenga, y borra caprichosamente de los Sagrados Libros todo cuanto la desagrada ó cree opuesto á la tesis preestablecida que intenta demostrar. Suprimido el orden sobrenatural, la historia de los orígenes de la Iglesia ha de levantarse sobre otro fundamento, por lo cual los novadores revuelven á su talante los monumentos de la Historia, haciéndoles decir lo que quieren, y no lo que sus autores se propusieron.

Y pasa á muchos que, víctimas del aparato extraordinario de erudición que se les muestra, ó de la fuerza, en apariencia convincente, de las pruebas que se les aducen, pierden la fe, ó gravemente vacilan en ella. Otros hay que, constantes en la fe, acusan de demoladora á la ciencia crítica, aun cuando de suyo es inocente y, rectamente aplicada, constituye un elemento seguro de investigación. Ni los unos ni los otros se fijan en que

(1) Romanos I, 20.

(2) I á Timoteo, VI, 20.

parte de un punto falso, á saber: de la ciencia que falsamente se llama tal, que lógicamente les conduce á consecuencias igualmente falsas. Establecido un falso principio filosófico, todo queda viciado, por lo cual la refutación de tales errores no será nunca eficaz mientras no se cambie de posiciones, es decir, mientras los combatientes no abandonen el campo crítico, donde se creen atrincherados, por el verdadero de la filosofía, cuyo abandono les ha llevado al error.

Mas entre tanto, doloroso deber es aplicar á hombres no faltos de agudeza de entendimiento y constancia en la laboriosidad el reproche que lanzaba San Pablo contra los que de las cosas terrenas no se levantan á aquellas otras que se ocultan á su mirada. *Devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios* (1); y, á la verdad, no otra cosa más que necio debe llamarse á aquel que consume todas las energías de su entendimiento en edificar sobre arena.

Ni son menos deplorables los daños que de aquella negación reciben la vida moral de los individuos y la de la sociedad civil. Supuesto el principio de que sobre el mundo visible no existe nada de divino, ya no queda fuerza alguna que refrene la indisciplina ni siquiera de las pasiones más bajas y viles, con que esclavizados los ánimos se arrojan á cometer desórdenes de toda especie. *Por lo cual les abandonó Dios á los deseos de su corazón, á los vicios de su impureza, en tanto grado que deshonoraron ellos mismos sus propios cuerpos* (2). Bien veis, Venerables Hermanos, como triunfa en todas partes la peste de las malas costumbres y como, donde no acude á buscar auxilio en el orden sobrenatural, la autoridad civil resulta incapaz de contenerla. Y aun será también incapaz de poner remedio á otros males, si olvida ó niega que toda autoridad viene de Dios. En este caso, el único resorte de gobierno es la fuerza, la cual ni se puede emplear constantemente, ni siempre se tiene á mano y á esto se debe el que el pueblo venga padeciendo como un oculto malestar, se enoje de todo, proclame el derecho á imponer su

(1) Romanos, I, 22 y 23.

(2) Ibid., I, 24.

voluntad, fomenta la rebelión, suscite revoluciones, á veces violentísimas, en los Estados, y subvierta todo derecho humano y divino. Prescindiéndose de Dios, todo respeto á las leyes civiles, todo miramiento con las instituciones, aun las más necesarias, viene á menos; se hace caso omiso de la justicia, se pisotea aun la misma libertad que nace del derecho natural y se llega hasta destruir el vínculo de la familia, que es el inconcuso y primer fundamento del vínculo social; de donde se sigue que en este nuestro tiempo, enemigo de Cristo, es más difícil aplicar los poderosos remedios que el Redentor puso en manos de la Iglesia para que mantenga á los pueblos dentro de los límites del deber.

Y sin embargo, no hay salvación para el mundo fuera de Cristo, *pues no se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos ser salvos (1)*. Así pues, conviene volver á Cristo. A sus piés conviene postrarse de nuevo para oír de su boca divina palabras de vida eterna, porque solo Él puede señalarnos el camino de la regeneración, solo Él puede enseñarnos la verdad, solo Él restituirnos la vida. Él mismo dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (2)*. Se ha intentado nuevamente prescindir de Él en las acciones, se ha comenzado un edificio desechando la piedra angular, como decía San Pedro de los que crucificaron á Cristo; pero sucede que se hunde la recién fabricada mole, y cae sobre la cabeza de los que la edificaban, y los destroza, mientras Cristo Jesús permanece siendo, como siempre, la piedra angular de la sociedad humana, con lo que de nuevo se palpa que fuera de Él no hay salvación. *Este es aquella piedra que vosotros rechazásteis al edificar, la cual ha venido á ser la principal piedra del ángulo; fuera de Él no hay que buscar la salvación (3)*.

Fácilmente sacaréis de todo esto, Venerables Hermanos, con cuánto apremio estamos obligados á hacer resurgir, con toda la energía de nuestro ánimo y por todos los medios de que podamos disponer, esta vida sobrenatural en todas las clases sociales, así en los pobres jornaleros, que sudan desde la

(1) Hechos, IV, 12.

(2) San Juan, XIV, 6.

(3) Hechos, IV, 11 y 12.

mañana hasta la tarde para ganar un pedazo de pan, como en los poderosos de la tierra, que rigen los destinos de las naciones; para lo cual ha de acudirse, sobre todo, al recurso de la oración, pública y privada, implorando la misericordia del Señor y su potente auxilio *Señor, sálvanos, que perecemos* (1), hemos de repetir, como en otro tiempo clamaban los apóstoles agitados por la tempestad.

Mas esto no es bastante San Gregorio hacía cargos al Obispo que, aun cuando fuese por amor al espiritual recogimiento y á la oración, no sale al campo á luchar denodadamente por la causa de Cristo. «Carece en él de sentido el nombre de Obispo que lleva,» decía San Gregorio (2): y con todo derecho; porque es menester iluminar los entendimientos con la continua predicación de la verdad, rebatiendo eficazmente los errores con la exposición de los principios de la filosofía, y teología verdaderas y con cuantos argumentos suministra el genuino progreso de la investigación histórica. Aún es todavía más importante inculcar de la manera debida en la mente de todos las máximas morales que Cristo enseñó, para que sepa cada cual vencerse á sí propio, enfiemar las pasiones, abatir el orgullo, someterse á la autoridad, amar la justicia, ejercitar la caridad con todos, suavizar con el amor cristiano las amargas desigualdades sociales, apartar el corazón de los bienes terrenos, vivir contento en el estado que la Providencia nos depara buscando en él la mejora por el cumplimiento de las propias obligaciones, y anhelar por la vida futura en la esperanza del premio eterno. Pero, sobre todo, es necesario que estos principios se insinúen y penetren en el corazón, para que la verdadera y sólida piedad eche allí profundas raíces, y como hombres y como cristianos, todos reconozcan no solo de palabra, sino con obras, sus propias obligaciones, y acudan con filial confianza á la Iglesia y sus ministros para obtener de ellos el perdón de las culpas, recibir la gracia santificante de los sacramentos y ordenar de nuevo la vida conforme á las leyes cristianas.

(1) San Mateo, VIII, 25.

(2) *Registr.* VI, 63 (3^{va}) Cf. *Regul. past.*, 1. 5.

Con este principalísimo deber del ministerio espiritual es necesario unir la caridad de Cristo, y con ella alentados no hay afligido á quien no consolemos, ni lágrimas que no sequemos, y necesidad que no socorramos. Consagrémonos enteramente al ejercicio de esta caridad, cedan ante ella el paso todas nuestras cosas, pospónganse á ella todos nuestros personales intereses y la propia comodidad, haciéndonos *todo para todos* (1) por ganarlos á todos para el Señor, sacrificando hasta nuestra vida á ejemplo de Cristo, que así lo exige á los pastores de la Iglesia: *El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas* (2).

Abundan estos preciosos avisos en las páginas que dejó escritas el Papa San Gregorio; pero aún se declaran con fuerza harto mayor en los múltiples ejemplos de su admirable vida.

Ahora bien, como todas estas cosas se siguen necesariamente de la naturaleza de los principios de la revelación cristiana y de las condiciones intrínsecas que debe tener nuestro apostolado, claramente veis, Venerables Hermanos, cuánto se engañan los que piensan servir á la Iglesia y trabajar en la salud de las almas cuando, movidos por cierta prudencia de la carne, hacen amplias concesiones á la ciencia que falsamente usa tal nombre, forjándose la funesta ilusión de que así ganarán mejor á los que yerran, cuando en realidad se ponen en constante riesgo de perderse ellos mismos. La verdad es una y no puede dividirse, sino que perdura eternamente y no se halla sujeta á las vicisitudes de los tiempos. *Jesucristo, el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos.* (3)

Y asimismo se engañan gravemente los que, ocupándose en procurar el bien público, sobre todo sosteniendo la causa de las clases inferiores, anteponen á cualquier otra cosa el bienestar material del cuerpo y de la vida, callando acerca del bien espiritual y de los deberes rigurosísimos que impone la profesión de Cristianos. No se avergüenzan de ocultar á veces, como con un velo, ciertas máximas fundamentales del Evangelio santo, temiendo que, de otra manera, la gente se niegue á escucharles

(1) I á los Corintios, IX, 22.

(2) San Juan, X, 11.

(3) Hebreos, XIII, 8.

y seguirles, no será cosa ajena á la prudencia proceder poco á poco, aun en la exposición de la verdad, cuando se trate de hombres extraños enteramente á nuestras doctrinas y alejados por completo de Dios. «Antes de aplicar el hierro, pálpense suavemente las llagas,» decía San Gregorio (1). Pero aun esta industria se convertirá en prudencia de la carne si se propusiera como norma constante y general de acción. Tanto mas, cuanto que con tal procedimiento parece no hacerse la debida estimación de la divina gracia, que sostiene al ministerio sacerdotal, y se dá no solo á aquellos que lo ejercen, sinó á todos los fieles de Cristo, para que nuestras palabras y nuestras obras abran brecha en el corazón que queremos ganar. Ni en la predicación del Evangelio, ni en tantas y tan admirables empresas como acometió para alivio de la necesidad ajena, no conoció esa prudencia el Papa San Gregorio. Se ajustó constantemente á lo mismo que habían hecho los Apóstoles, los cuales, al lanzarse por primera vez á llevar á todo el mundo el nombre de Cristo, fueron diciendo: *Nosotros predicamos á Cristo crucificado; lo cual, para los judíos, es motivo de escándalo, y parece locura á los gentiles* (2). Si hubo algún tiempo en que la humana prudencia pareciese el único expediente utilizable para obtener algo en una sociedad del todo impreparada para recibir doctrina tan nueva y que tanto pugnaba con la civilización, entonces floridísima todavía, de griegos y romanos, tuvo que ser el de la primera predicación de la fe; pero los Apóstoles despreciaron aquella prudencia, porque sabían el precepto del Altísimo: *Plugo á Dios salvar á los que creyesen en Él por medio de la locura de la predicación* (3). Y como siempre fué, también ahora esta locura, *para los que se salvan, es decir, para nosotros es la virtud de Dios* (4). Según sucedió en el tiempo pasado, seguirá sucediendo en el porvenir, que *el escándalo de la Cruz* será nuestra arma más poderosa, y como antes, también pues venceremos con este signo.

(1) *Registr.*, v, 44 (18), ad episcop. Ionann.

(2) I Corintios, I, 23.

(3) I Corintios, I, 21.

(4) I Ibid., I, 18.

Mas así y todo, Venerables Hermanos, esta arma perderá eficacia, y aun será del todo inútil, si la empuñan hombres que no estén acostumbrados á la vida interior con Cristo, que no estén educados en la escuela de la verdadera y sólida piedad, ni ardan en celo de la gloria de Dios y la propagación de su reinado. Conocía tanto San Gregorio esta necesidad, que aplicaba la mayor solicitud en consagrar Obispos y ordenar sacerdotes que estuviesen animados del mayor deseo de la gloria de Dios y el bien de las almas. Tal fin se propuso en el libro de la *Regla pastoral*, donde se hallan coleccionadas disposiciones para la saludable formación del clero y el gobierno de los Obispos, acomodadísimas, no ya solo á su tiempo, sino también al nuestro. Como observa su biógrafo, «á modo de Argos luminoso, dirigía la mirada de su pastoral solicitud por toda la extensión de la tierra» (1) para descubrir y corregir las faltas y descuidos del clero. El pensamiento solo de que la barbarie y la inmoralidad pudiera hacer presa en la vida de los clérigos, le hacía estremecerse; y en cuanto advertía alguna infracción á las leyes disciplinarias de la Iglesia, angustiábase y no se daba paz, y ya amonestaba y corregía, amenazando á los transgresores con penas canónicas, ya las imponía por sí mismo, y ya, sin dilación alguna, ni ningún humano miramiento, privaba de sus oficios á los que los desempeñaban indignamente.

Además inculcaba muchas máximas, que frecuentemente leemos en sus escritos expresadas con estas palabras: «¿Con qué ánimo toma sobre sí la carga de mediador del pueblo con Dios quien no tiene conciencia de ser familiar de su gracia por el mérito de la vida?» (2) «Si en sus obras viven las pasiones, ¿con qué presunción se dispone á curar al herido quien lleva el rostro llagado?» (3) «¿Qué fruto podrá esperarse en las almas si los apóstoles de la verdad destruyen con su conducta lo que predicán con su palabra?» (4) «En verdad, no puede quitar los pecados ajenos quien va comido de los propios» (5).

(1) Juan Diac., lib. II, 55.

(2) *Reg. Past.* I, 10.

(3) *Ibid.*, I, 9.

(4) *Ibid.*, I, 2.

(5) *Ibid.*, I, 1°.

Éjemplar del verdadero sacerdote, cómo él lo entiende y describe, es aquel «que, muerto á todas las pasiones de la carne, vive ya vida del espíritu; que á todo ha pospuesto las prosperidades del mundo; que no teme á la adversidad; que únicamente desea las cosas interiores; que no codicia lo ajeno, sinó que es generoso de lo propio; que se inclina al perdón por sus entrañas de piedad, pero no se aparta ni un ápice de lo que pide la rectitud; que no comete acciones ilícitas y llora los pecados ajenos como si fueran suyos; que de corazón compadece las flaquezas del prójimo y que se alegra de la prosperidad del prójimo, como de su propio bien; que en todas sus acciones se hace modelo para los demás, de manera que no tenga que sonrojarse, por lo menos de sus obras exteriores; que cuida de vivir de manera que pueda regar los corazones áridos con el agua de la doctrina; que mediante el hábito de orar y la propia experiencia sepa que puede conseguir del Señor lo que le pida» (1).

A solas consigo mismo, Venerables Hermanos, ¡cuánto ha de tratar el Obispo y cuánto ha de meditar en presencia de Dios, antes de imponer las manos á los nuevos levitas! «Ni por obsequio á nadie, ni por súplicas que se presenten, se apresuren nunca la promoción á las órdenes sagradas de ninguno cuyo tenor de vida y acciones no demuestren su dignidad» (2.) ¡Y cuán maduramente debe reflexionar antes de confiar á los nuevos sacerdotes las obras de apostolado! Si no están debidamente probados por el vigilante celo de sacerdotes más prudentes; si no consta del modo más satisfactorio la honestidad de su vida, su afición á los ejercicios de piedad, su pronta voluntad á seguir obedientes todas las reglas de conducta sugeridas por la costumbre eclesiástica, ó comprobadas en la diaria experiencia, ó impuestas por aquellos á quien *el Espíritu Santo ha instituido Obispos para apacentar la Iglesia de Dios* (3), ejercerán el ministerio sacerdotal, no ya para la salud, sinó para ruina del pueblo cristiano. Por lo cual promoverán discordias y, más ó menos tácitamente, suscitarán rebeliones, ofreciendo al mundo el triste espectáculo de una como división de

(1) Ibid., I, 10.

(2) *Registr.*, v. 63 (58), ad univers s episcop. II l d.

(3) Hechos, xx, 28.

ánimos entre nosotros, aunque en realidad estos lamentables sucesos no son sino obra del orgullo é indisciplina de unos pocos. ¡Oh, sean enteramente apartados de todo oficio los fautores de discordias! No necesita la Iglesia de tales Apóstoles, que no son apóstoles de Cristo Crucificado, sinó de sí propios.

Parécenos ver ahora con Nuestros ojos en el Consistorio lateranense al Papa San Gregorio acompañado del crecido número de Obispos de todas las regiones del mundo y de todo el clero de Roma. ¡Oh, cómo brota fecunda de sus labios la exhortación acerca de los deberes del clero! ¡Cómo se consume de celo su corazón! Sus palabras son rayos que derriban al perverso, latigazos que azotan al indolente, llamas de divino amor que suavemente enfervorizan. Leed, Venerables Hermanos, y haced que lea y medite vuestro clero, especialmente durante el retiro anual de los ejercicios espirituales, aquella admirable homilía de San Gregorio (1).

Con indecible amargura lanza, entre otros, este gemido: «Lleno está el mundo de sacerdotes; pero es raro el operario que se encuentra en la mies de Dios; porque es cierto que asumimos el oficio sacerdotal, mas las obligaciones del oficio las dejamos incumplidas» (2). Y en verdad, ¿cuánta fuerza no tendría la Iglesia actualmente si en cada sacerdote pudiese contar con un operario? ¿Qué copiosísimos frutos no produciría en las almas la vida sobrenatural de la Iglesia si todos la promovieran eficazmente? San Gregorio supo denodadamente suscitar en su tiempo este espíritu de enérgica acción, y merced al impulso que comunicó, obtuvo que el mismo espíritu se mantuviese en las siguientes centurias. Toda la Edad Media está marcada con el sello que puede llamarse gregoriano. A este Pontífice se reconocía deudora de casi todo: de las reglas del gobierno eclesiástico, de las múltiples del ejercicio público de la caridad y beneficencia; de los principios de la más perfecta ascética cristiana de la vida monástica, del ordenamiento de la liturgia y del arte del canto sacro.

(1) Homil. in *Evang.*, I, 17.

(2) Hom. in *Ev.* 3.

Los tiempos han cambiado mucho; mas, como multitud de veces lo hemos repetido, la vida de la Iglesia no ha cambiado en nada, porque ha heredado de su divino Fundador la virtud de ofrecer á todos los siglos, aunque tan diferentes unos de otros, cuanto requiere no solo el bien espiritual de las almas, lo cual es propio de su misión, sino también cuanto contribuye al progreso de la civilización verdadera, lo cual se deriva de aquella misión á modo de natural consecuencia.

Y, en efecto, no es posible que las verdades de orden sobrenatural de que es depositaria la Iglesia no promuevan y fomenten también cuanto es verdadero, bueno y bello en el orden natural, y con tanta mayor eficacia cuanto más se refieran tales verdades al principio supremo de toda verdad, bondad y belleza que es Dios.

Grandemente aprovecha la revelación á la ciencia humana, sea porque aquella le descubre nuevos horizontes y le hace conocer otras verdades de orden meramente natural, sea porque franquea el camino recto á la investigación y la preserva de los errores de aplicación y método, á la manera que un faro luminoso señala á los navegantes que surcan el Oceano en las tinieblas de la noche multitud de cosas que no pueden ver y les advierte los escollos, que, de no evitarlos, harían naufragar á la nave.

Y en la moral disciplina, puesto que el divino Redentor nos propone por modelo supremo de perfección á su Padre celestial (1), esto es, la misma bondad divina, ¿quién no vé el impulso que de ella se sigue para la observancia, cada vez más perfecta, de la ley natural, grabada en el corazón del hombre, y para el continuo crecimiento del bienestar de los individuos, de la familia y de toda la sociedad? Así se redujo á cultura la ferocidad de los bárbaros, y la mujer se vió libre de la abyección en que se la tenía, y se reprimió la esclavitud y fué restablecido el orden en la conveniente y mútua dependencia de las varias clases sociales, é imperó la justicia, y se proclamó la verdadera libertad de las almas, y se aseguró la paz doméstica y social.

(1) S. Mateo, v. 16.

Finalmente, las artes, reconociendo que el ejemplar primero de toda belleza es Dios, de quien se deriva toda hermosura de la naturaleza, más seguramente se apartan de todo vulgar concepto y más eficazmente se elevan á expresar la idea, vida de todo arte. Y ¡cuán fecundo ha sido en bienes el principio solo de emplearlo en servicio del culto y, por consiguiente, ofrecer á Dios cuanto en la riqueza, en la bondad y en la elegancia de la forma se estime más digno de Él. Creó el arte sagrado, que fué y aún sigue siendo, fundamento de todo arte profano. Ya hemos tocado este punto en un *Motu proprio* especial, hablando del restablecimiento del canto romano conforme á la antigua tradición, y de la música sagrada; mas esas mismas reglas se aplican también, según la materia, á las demás artes; de suerte que conviene á la pintura, á la escultura y á la arquitectura cuanto se dice del canto, pues de todas estas nobilísimas creaciones del humano ingenio la Iglesia ha sido en todo tiempo inspiradora y sostenedora. La humanidad, nutrida en estos sublimes ideales, edifica templos grandiosos, y allí en la Casa del Señor, como en casa que fuera suya, levanta el pensamiento á las cosas celestiales en medio de las espléndidas riquezas que el arte ha acumulado, ante la majestad de las ceremonias litúrgicas y con las dulces armonías del canto.

Repetimos que la acción del Papa San Gregorio supo obtener todos estos beneficios en su tiempo y en los siglos inmediatos; y por la intrínseca eficacia de los principios á que debemos acudir y de los recursos que tenemos á mano, otro tanto será posible alcanzar ahora, conservando con todo esmero lo bueno que, por favor de Dios, dura todavía, y *restaurando todas las cosas en Cristo* (1), cuando desgraciadamente se hayan apartado de la norma verdadera.

Plácenos poner término á esta Nuestra Carta con las mismas palabras con que San Gregorio daba fin á su mencionada exhortación del Consistorio lateranense: «Estas cosas, Hermanos, debéis meditar con toda solicitud y juntamente proponerlas á vuestros prójimos. Preparaos á restituir á Dios el fruto del ministerio que recibistéis. Pero esto harto mejor que con la

(1) Efesios, I, 10.

palabra, lo obtendremos de vosotros con la oración. Oremos: ¡Oh Dios, por cuya voluntad somos llamados pastores del pueblo, te rogamos nos concedas que seamos á tus ojos lo que este nombre significa!» (1).

Y mientras por intercesión del Papa San Gregorio confiamos alcanzar de Dios que benignamente atienda nuestros ruegos, como presagio de celestiales favores y prenda de Nuestra paternal benevolencia, á vosotros todos, Venerables Hermanos, y al clero y pueblos vuestros, concedemos, con todo afecto del corazón, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, á 12 de Marzo, festividad de San Gregorio I, Papa y Doctor de la Iglesia, año 1904, primero de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA X.



(1) Homil. cit., núm. 18.

SECRETARIA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL OBISPADO

Tomando en consideración las varias peticiones que en cumplimiento de lo ordenado por la Constitución CCXXXVII de las Sinodales del Obispado se han dirigido á esta Secretaría, y teniendo en cuenta la Real orden concordada de 26 de Julio de 1867, Su Excelencia Ilustrísima el Obispo, mi Señor, se ha dignado conceder á todos sus diocesanos la competente autorización para que durante la recolección de frutos, y á este solo fin, puedan trabajar en todos los domingos y días de fiesta que no sean de primera clase, dejando subsistente la obligación de oír en todos ellos la Santa Misa y mandando á los Sres. Párrocos de esta Diócesis y demás encargados de la cura de almas lo hagan saber así á sus respectivos feligreses.

León, 8 de Junio de 1904.—Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Maestrescuela-Secretario.

D. Juan Balanzategui y Olarte, Pbro., Beneficiado de esta Santa Iglesia Catedral y Delegado general de Capellanías y fundaciones pías de la Diócesis de León por nombramiento del Excmo. é Ilustrísimo Prelado, etc.

Hace saber: Que en cumplimiento de lo dispuesto en el Convenio últimamente celebrado con la Santa Sede y publicado como ley del Estado por Real decreto de 24 de Junio de 1867 sobre el arreglo definitivo de las Capellanías colativas de sangre y otras fundaciones piadosas de la propia índole, y principalmente en la parte á que

se refieren sus artículos 12 y 13 y los 34 y 35 de la Instrucción acordada entre el M. R. Nuncio Apostólico y el Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia para llevarle á debida ejecución, esta Delegación está instruyendo el oportuno expediente promovido por D. Miguel Alvarez Ordás, Presbitero, para la conmutación de rentas de las Capellanías de S. José y S. Miguel, unidas en el pueblo de Villivañe, de las que es poseedor, fundadas la primera por Manuel Ordás, en la parroquia de Villivañe, y la segunda por D. Manuel de Liébana y Reyero en la de Villalobar.

Por tanto, en virtud de este edicto, cita, llama y emplaza á los encargados del patronato activo, á los interesados en el pasivo y en general á todos los que se crean con derecho á los bienes que constituyen la enunciada Capellanía para que en el término de treinta días contados desde esta fecha comparezcan en dicho expediente á exponer el que creyeren convenirles, bajo apercibimiento de que pasado este plazo se procederá, sin su audiencia, á determinar lo que corresponda parándoles el perjuicio que hubiere lugar. Y para que surta los efectos consiguientes por acuerdo de esta misma fecha, he resuelto librar el presente que se fijará en las puertas principales de la citadas Iglesias y se insertará en los Boletines Eclesiástico del Obispado y oficial de la provincia.

Dado en León á 28 de Mayo de 1904 —Juan Balanzategui.



Montepío del Clero Legionense

CONVOCATORIA Á JUNTA GENERAL

De conformidad con lo dispuesto en los artículos 91 y 94 del Reglamento, se convoca á los Señores Delegado de Distrito é Individuos de la Junta de Gobierno, á la General que tendrá lugar, Dios mediante, el día 14 del próximo mes de Julio en el Seminario Conciliar á las diez y media de la mañana.

Los señores que asistieren como Subdelegados en virtud de lo que previene el artículo 92, deberán presentar al constituirse la Junta, el documento que acredite la subdelegación extendido en papel simple.

León 9 de Junio de 1904 —El Presidente de la Junta de Gobierno, *José Fernández Bendicho*.

Asociación de SUFRAGIOS MUTUOS del Clero de la Diócesis.

Ha manifestado, que desea pertenecer á la Asociación, é ingresa en ella:

Núm. 1.257.—Gómez, M. I. Sr. D. Avelino, *dentro del primer año de su ingreso en la Diócesis*.

León, 8 de Junio de 1904. — Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Maestrescuela-Secretario.